

Queridos padres de familia,

Para mí, una de las partes favoritas de la vida de parroquia, es la oportunidad de ver a tantas familias y bellos niños venir juntos a la Misa el domingo. Una de las maneras más poderosas como los padres pueden pasar la fe a sus niños es enseñándoles la manera de asistir a Misa. En algunas de mis conversaciones, he visto que muchos de nuestros padres de familia desean sinceramente hacer esto, pero no sabe cómo o por dónde empezar. Recientemente encontramos un artículo, el cual es un gran testimonio personal de la señora Elizabeth Ficocelli sobre los logros y fracasos que ella tuvo cuando trataba de enseñarles esto a sus propios hijos. Así que nos pareció beneficioso el compartir sus ideas y experiencias con aquellos padres que desean enseñar lo mismo a sus niños. Por favor tengan en cuenta que esto no lo estamos presentando aquí como reprensión para los padres ni los niños. Nosotros, la comunidad de San Marcos, amamos profundamente a nuestros niños, y personalmente para mí, el estar en la presencia de nuestros niños siempre me alegra el día. Simplemente queremos compartir estas ideas para ayudarles a nuestros padres en su tarea de pasar la fe a sus niños. ¡Que Dios los bendiga a ustedes y a sus familias! **Padre Brian Becker.**

1ra sección:

Evitando la Histeria de la Misa

Enseñándoles a los niños cómo comportarse en la Iglesia

Por Elizabeth Ficocelli

Con frecuencia, después de la Misa, mi esposo y yo somos interpelados por personas que se sienten movidos a decirnos lo bien que nuestros niños se comportaron ese día. ¿Cómo lo hacen?, ellos quieren saber (con cuatro niños).

“Algunos días son mejores que otros”. Les respondo con una sonrisa. Lo cual es cierto. Algunos domingos en la mañana son más tranquilos que otros, mientras que otros son más difíciles. Pero, por lo general, nuestros niños (de diez, seis, tres y un año y medio) han aprendido el comportamiento apropiado para la Iglesia. Sin el uso de papitas, vasitos de tomar, sin crayolas, libros, sin salidas constantes al baño y usualmente sin refunfuños.

¿Suena imposible? Realmente no lo es. Al igual que cualquier otra habilidad para educar y cuidar a los hijos, requiere de amor y tiempo, consistencia y muchísima paciencia. (Unas cuantas oraciones no hacen daño!) Los siguientes consejos tal vez le ayuden a cambiar su experiencia de llevar a los pequeños a la Iglesia pasando de un santo terror a un santo gozo.

Antes de entrar a la casa de Dios, nosotros nos preparamos en la nuestra

Los católicos sobresalen por llegar a la iglesia justo a tiempo, o peor aún, un poco tarde. Pocos de nosotros en estos días hacemos el esfuerzo de prepararnos para lo que vamos a celebrar en la Misa. Cuando usted tiene niños, ese tiempo de preparación es más crucial aun, y más difícil de encontrar. Nuestra experiencia familiar de la iglesia empieza por lo tanto mucho antes que entremos a la iglesia.

Usamos el tiempo en la casa a la hora de la cena o del desayuno, para hablar sobre el comportamiento adecuado en la iglesia. Revisamos la etiqueta para la iglesia: cuando pararse, sentarse o arrodillarse. Como dar el saludo de la paz. La importancia de cantar y orar con la

comunidad de la iglesia. El significado del Credo. También hablamos sobre las reglas de conducta para nuestra familia y por qué son diferentes de los que están a nuestro alrededor.

Una regla fundamental en nuestra familia es absolutamente no comida ni juguetes en la iglesia. Así ha sido siempre, y nuestros niños no esperan nada diferente. Aunque podemos controlar lo que nosotros mismos llevamos adentro de la iglesia, no decimos nada sobre lo que otras familias hacen. Esto es algo en lo que muchas personas no piensan al empacar sus bolsas de actividades (picnic) para ir a la iglesia. Aunque su intención es buena (mantener a sus niños callados para que no molesten a los demás), el hecho es que llevar comida, juguetes y otras cosas de la casa puede ser de mucha distracción para los vecinos, especialmente para los más pequeños. En momentos como esos, hacemos lo mejor posible por ignorar el abrir y el cerrar de los paquetes, el ruido de los papeles de dulces y las caídas de los juguetes y tratamos de retomar nuevamente la atención de nuestros niños (y nosotros) en la Misa.

Si la idea de ir a la iglesia sin un equipo de supervivencia es un poco temerosa, piénselo bien. La Misa promedio dura 45 minutos. Eso es menos de lo que dura un video común para niños. Cuarenta y cinco minutos no es mucho tiempo para que un niño este sin comida ni bebida. (Un bebé, por el contrario, tiene necesidades legítimas y debe ser alimentado con biberón y un chupo de entretenimiento si es necesario). Tres cuartos de hora pueden sobrevivirse sin libros ni juguetes para ocupar la mente de los niños. ¡La iglesia misma, debería ocupar sus mentes! Me he asombrado y disgustado al escuchar el runrún de los carritos o los juegos electrónicos sonando durante la liturgia. Una vez incluso vi a un pequeño entrar a la iglesia con una bola de basquetbol bajo su brazo. ¿Qué le estamos diciendo a nuestros hijos con todo este comportamiento permisivo? Ciertamente no les estamos diciendo que Dios merece nuestra total atención por menos de una hora a la semana.

Piense en el tiempo y energía que usted podría ahorrar al no tener que empacar todas esas papitas y buscar el osito favorito antes de salir corriendo para poder alcanzar a la Misa. Usted podría usar todo ese tiempo y energía valiosos para prepararse mejor.

Tan pronto como nuestro hijo mayor empezó a leer bien, lo poníamos a leer las lecturas de la Misa del día en nuestro camino a la Iglesia. Ahora mismo, nuestros niños de 10 y 6 años, comparten esa responsabilidad. Si el tiempo lo permite, hablamos sobre lo que leímos y les hacemos a los niños preguntas para ver si entendieron. Los dos más pequeños han aprendido a no interrumpir durante ese tiempo, sino a escuchar calladitos en sus sillas para el carro. Como nuestro niño de tres años de vez en cuando interrumpe, sabemos que algo le está quedando. Esta revisión de la escritura es muy beneficiosa para mi esposo y para mí, ya que no estamos escuchando las lecturas por primera vez en la Misa en donde hay la posibilidad de distracciones. Antes de que nuestra familia entre a la iglesia, nuestro pequeño de tres años quien ya está entrenado para el baño, tiene una oportunidad más de ir. A los más grandecitos los hemos animado a ir en la casa. Es muy raro que alguno de los niños salga de Misa para ir al baño. Al menos que sea una verdadera emergencia, les pedimos que se esperen hasta que se termine la Misa. Nuevamente, 45 minutos no son tan largos, y el permitir que los niños vayan durante ese tiempo se puede convertir en una costumbre indeseable.

2da sección:

Que empiece la predica

Otra regla importante que nuestra familia tiene es una que prestamos de unos amigos que criaron cinco maravillosos hijos: hasta que un niño cumpla los 3 años, se sienta en el regazo. Sus piernas simplemente no tocan el piso. Esta regla evita que los niños se suban y bajen o se caigan del reclinador y de que se golpee la cabeza con la banca, algo que por lo general va acompañado de un grito a todo pulmón. El niño es sostenido con amor, pero firmemente sin excepción. Si pone problema, de inmediato se saca. Sabemos por otras situaciones que, si lo pasamos una vez, estaremos largo tiempo en esa batalla.

Como esta regla, al igual que las demás son habladas en la casa con anticipación, nuestros pequeños las aceptan rápidamente. El que está aprendiendo a caminar sabe que al cumplir sus tres años, podrá sentarse en la banca. Él ya ha empezado a desearlo. Pero este privilegio llega con algunas condiciones. El niño debe sentarse, pararse y arrodillarse al tiempo con la congregación. Si empieza a subirse y bajarse o a distraer a los otros, pasa a sentarse en el regazo por el resto de la Misa. Esta lección se aprende rápidamente.

El lugar en el que nos sentamos en la Misa con frecuencia depende del estado de nuestro niño más pequeño. Algunas veces vemos que sentarnos adelante les permite a nuestros niños ver muchas cosas y tener pocas distracciones. Otras veces, especialmente cuando tenemos uno muy activo, la parte de atrás de la iglesia facilita la salida si es necesario, Otras veces vemos que sentarnos cerca del coro o del órgano es entretenedor para los oídos de los más pequeños. Durante la Misa, tratamos de abrazar o consentir calladamente a nuestros niños. (Esto puede ser un poco difícil a veces, ya que solo somos nosotros dos y cuatro de ellos!). Les hablamos de cualquier comportamiento indeseable con una mirada o con un gesto con la mano, lo que nuestros niños entienden muy bien porque lo hemos hablado durante nuestro tiempo de preparación.

A los más grandes los animamos para que sigan las lecturas en el missalette y busquen el siguiente canto en el cantoral. Les permitimos a los pequeños sostener esos libros a menos que los estén masticando o los estén convirtiendo en lanza misiles. En ese mismo momento se les quitan los libros.

Mi esposo y yo somos los que mostramos cómo debe ser la adoración y participación en la Misa. Nosotros cantamos con gozo. Respondemos con entusiasmo, recitamos despacio y con claridad al oído de nuestros niños de brazos el Credo, el Padre Nuestro para que puedan escuchar las palabras más importantes. Mostramos reverencia durante la consagración inclinando nuestras cabezas. En esencia, nosotros no solo vamos a la Misa sino que participamos en ella, en adoración activa, llevando las ofrendas o sirviendo como Ministros Extraordinarios de la Eucaristía. Cuando tienen la edad, nuestros niños sirven como monaguillos. Todo esto lleva a nuestra familia pasar de simples espectadores en la Misa a participantes activos. Esto disminuye grandemente la posibilidad del aburrimiento.

Cuando los problemas de comportamiento en la Iglesia le hacen doblar rodillas

Ahora, a este punto, usted tal vez esté pensando: “¡Señora, usted no conoce a mis hijos!” Si usted cree que tenemos cuatro angelitos perfectos en Misa, déjeme decirle que ese no es el caso.

Tenemos una combinación de bebés quisquillosos, pequeños que gimen y niños de pre-kínder que son distraídos. Tenemos que salir varias veces de la Iglesia, y pasear de un lado para el otro en las afueras de la iglesia para calmar a alguno que está por dormirse. Pero aparte de estas

pequeñas cosas, el progreso siempre está ahí. Los niños aprenden rápido. La clave está en la consistencia. Usted tiene que comprometerse a sacar a su niño la primera vez que el crea perturbación. No deje que el niño siga y siga. No es justo para los que están alrededor suyo. Esto agrega a la tensión suya y la de su niño. Algunas veces, caminar hacia la parte de atrás de la iglesia y quedarse allí, es suficiente para tranquilizar al pequeño. Allí tendrá un poco más de libertad para arrullar y caminar según usted crea necesario. Cuando es posible, en silencio les muestro algún vitral, las estaciones de la cruz o alguna estatua religiosa para calmar al pequeño.

Si el niño no se tranquiliza estando atrás, salga rápidamente. El enfoque aquí está en tratar de calmarlo lo antes posible para que continúe la adoración de la comunidad. Ese no es un tiempo para darle al niño la libertad para correr alrededor ni para jugar. El niño debe ser cargado amorosamente, pero con firmeza hasta que cesen las lágrimas. Una vez que esto se logra, vuelva a su puesto. Si otro estallido sucede otra vez, repita el proceso. Incluso si tiene que hacer esto tres o cuatro veces durante la Misa, ese comportamiento no dura mucho – si usted se mantiene firme y no se da por vencido. Durante este periodo de transición, siéntese hacia la parte de atrás para que así distraiga a menos personas y para que esté más cerca de la salida.

3ra sección:

El cuarto para los niños: Instalaciones tristemente mal usadas

El “cuarto para los niños” parece ser un fenómeno único de los católicos, y existe mucha controversia sobre ese cuarto. Algunas personas están hasta la coronilla y cansados de que la Misa sea interrumpida por arrebatos y pataletas de niños pequeños. Ellas están más que felices manteniendo esos ruidos “tras el vidrio”. Otros alegan que los niños tienen el derecho a estar en la iglesia y que son ofendidos al tener que usar el cuarto de los niños.

Desde lo que he observado en varias parroquias, el cuarto para los niños parece ser mal entendido y mal usado por muchos feligreses. En lugar de servir como un lugar temporal para calmar a los niños sin distraer a la congregación entera, se ha convertido en un área de juego, un cuarto de lectura y un lugar propicio para hacer lo que se quiera. He visto personas tratar ese cuarto como si estuvieran en casa viendo la Misa por televisión. A muchos se les olvida que aun están asistiendo a Misa. Si los adultos están desconectados, los niños ciertamente quedan aislados de lo que está sucediendo en la iglesia y no están siendo animados a ser parte de ella.

Para que funcione más efectivamente, el cuarto para los niños debería ser usado únicamente cuando es estrictamente necesario. No debe tener libros, juguetes ni comida. Los padres deberían de sostener a sus niños todo el tiempo y volver a la Misa tan pronto como el niño se calme. Las personas que usen las instalaciones deben escuchar y participar en la liturgia como si estuvieran sentados en las bancas. Este atento: el uso excesivo del cuarto de los niños retrasa el proceso de enseñarle al niño el comportamiento en la Misa.

Cuando la Misa termina, el aprendizaje no debe también terminar

Después de la Misa, nos aseguramos de decirles a los niños de las buenas opciones que hicieron mientras estábamos en la iglesia. Si hubo algún problema con uno de los niños lo suficientemente

grande para entender, hacemos que se disculpe con las personas alrededor de él o con el sacerdote por haber causado distracción. Esto se hace sin mayor fanfarria para evitar la humillación, pero también para inculcar responsabilidad.

En el camino a casa, hablamos sobre lo que haya sucedido en la Misa. ¿Como nos habló Dios hoy? ¿Aprendimos algo nuevo? ¿Hubo algo que no entendimos? Hablamos sobre lo que decidimos hacer en la iglesia y de cómo esto afectó a los que estaban en nuestro alrededor. Aun más, ese es un buen tiempo para hablar sobre las cosas que nos distrajeron en Misa y para reforzar la razón por la cual tenemos las reglas que tenemos.

Mejor comportamiento y mas

De una u otra manera, los niños deben aprender cómo comportarse apropiadamente en el ambiente de la iglesia. Nuestro compromiso en enseñar esto a nuestros niños desde su infancia nos ha ayudado a adorar y a orar todos juntos como familia. No tenemos que “turnarnos” e ir a Misas separadas dejando a los pequeños en casa. Hemos escogido no enviar a nuestros niños a la liturgia de niños, ya que nosotros mismos estamos haciendo el esfuerzo de explicarles las cosas a su propio nivel. Para nosotros, es importante estar todos juntos como familia y beneficiarnos de las gracias que recibimos en la Misa.

Nunca es tarde para tratar nuevas estrategias con sus niños para obtener mejores resultados en la iglesia. Para ser justos con los que son lo suficientemente grandecitos para entender, debe hablar por adelantado con ellos sobre las nuevas reglas que vayan a tener, porque van a ser reforzadas y cuáles serán las consecuencias si esas reglas no se cumplen. No me canso de repetir: ¡sean consistentes!

Para los que son padres solos, soy la primera en admitir que su trabajo es aún más difícil. He asistido a Misa con mis cuatro hijos cuando mi esposo ha estado fuera de la ciudad. Yo voy durante el año escolar con mis dos hijos más pequeños a la Misa diaria. No hay duda alguna de que con un solo adulto es más difícil (difícil, pero posible). Se requiere del mismo amor y consistencia y quizás una dosis extra de paciencia.

Cuando las personas nos dicen cosas positivas sobre el comportamiento de nuestros niños en la iglesia, es casi compensador y nos ayuda en esos momentos que son menos positivos. Nuestra meta para nuestros niños, sin embargo, va más allá de enseñarles a comportarse apropiadamente en la Misa. Queremos que desarrollen un aprecio alegre por ella. Queremos que puedan – y deseen- escuchar el mensaje único que Dios les esté dando en la palabra, el canto o la oración. Y eso no puede salir sino de una frecuente asistencia y participación en la Misa. Nunca nos cansamos de ver lo que nuestros niños (incluso los más pequeños) obtienen de la experiencia de la iglesia. Su teología puede estar ladeada a veces, pero el brillo de interés y entusiasmo está ahí. Tres semanas después de que un seminarista diera una charla en nuestra parroquia, nuestro niño de diez años, por su cuenta, hablo de que algo que el seminarista había mencionado lo inspiró a pensar en la idea de un día ser sacerdote. No sé en realidad, cuales palabras de sabiduría fueron las que mayor tuvieron impacto, pero estoy contenta de que mi hijo estaba en la iglesia y portándose tan bien como para haber escuchado.